



DOCE
CAMPANADAS
Y UN BESO
Olivia Ardey

DOCE CAMPANADAS Y UN BESO

Olivia Ardey

Capítulo 1

LAS MAÑANAS DE MAYO, LAS MEJORES DEL AÑO

—Celia, recibe este anillo, símbolo de mi amor por ti —dijo, deslizándolo en su dedo—. Esta alianza te recordará cada día cuánto te amo, que te soy y seré fiel y que, pase lo que pase, siempre me tendrás a tu lado.

Ella le tomó la mano derecha y lo miró a los ojos.

—Álvaro, recibe este anillo —pronunció, al tiempo que se lo colocaba en el dedo anular—, como símbolo de mi fidelidad, de mi entrega a ti y que te recordará siempre lo grande que es nuestro amor.

Él sonrió. Tomó la mano de Celia y se la llevó a los labios.

—Te quiero —silabeó en silencio, antes de besar la alianza que acababa de ponerle y ella que no se quitaría jamás.

Mosén Silvino continuó con la ceremonia y Celia se hizo un nudo en la garganta al escuchar su precioso alegato, que hablaba de dos manos unidas para siempre, dos corazones en un solo latir, dos almas y una sola vida.

Emocionada, observó de reojo a su suegra que, al lado de Álvaro, miraba hacia el cielo en un esfuerzo imposible por contener las lágrimas. Celia atisbó hacia la derecha, su padre y padrino de boda sacaba en ese momento un pañuelo del bolsillo del uniforme de gala de Infante de Marina. Miró con disimulo por encima del hombro y al ver a su madre tan guapa, con dos lagrimones y la nariz roja como

un tomate, ya no pudo contenerse. Una lágrima se le escapó, a pesar de haberle prometido a Álvaro que no lloraría.

Al verla coger el pañuelo de la mano de su padre, Álvaro le tomó el rostro entre las manos y le secó la mejilla con el pulgar, con cuidado de no estropearle el maquillaje.

—Es de felicidad —se excusó ella, ya que él no quería llantos en un día tan feliz.

—Lo sé. —murmuró Álvaro con una sonrisa.

En ese momento se sentía el hombre más completo de la tierra y supo que recordaría esas lágrimas de Celia hasta el día de su muerte. Convertidas en el símbolo de su felicidad, qué valiosas eran.

El cura carraspeó para que los novios le prestaran atención y ellos dos miraron al frente para retomar el hilo de la ceremonia.

A unos metros por detrás, Nicolás Román se estiró el chaqué y cogió a Max de la mano. Todo estaba saliendo a la perfección. Ya tenían experiencia en lo tocante a organizar bodas de tronío, puesto que el enlace de Susana y Javier, celebrado también en la casa Grande durante el otoño anterior, había supuesto la prueba de fuego para su restaurante y fue todo un éxito. Nico miró a su alrededor, qué maravilloso se veía el jardín de la finca. Parecía un homenaje a la primavera: las sillas con sus faldones de blanco piqué, las flores, el templete emparrado de hiedra sobre el altar. Pensó en el banquete que había preparado, y que constituía su regalo de boda a sus dos mejores amigos. Estaba seguro de que las sorpresas exquisitas que les tenía preparadas arrancarían aplausos entre los invitados.

El reputado enólogo Maxim Dupres miró a su marido.

—Estás orgulloso, ¿a que sí? —murmuró apretando sus dedos unidos.

—Gracias a ti —aseguró Nicolás con una sonrisa agradecida; el apoyo incondicional de Max era su seguridad.

Aquella era una dichosa y soleada mañana de finales de mayo. Todos los allí reunidos, el pueblo entero de Tarabán, además de los invitados llegados de los alrededores, de Madrid, Cartagena y otros puntos de la geografía, eran la imagen de la felicidad.

Todos, menos un hombre. Solo uno de entre todos los presentes, tenía la mirada ensombrecida por los recuerdos tristes. Diego Nuño odiaba las bodas desde hacía dos años y medio, pero Álvaro y él habían sido amigos de juventud. Solo era un año mayor que Nico y que él, pero los tres pertenecieron a la misma pandilla que recorría los pueblos en verano de verbena en verbena. Diego había regresado a Tarabán hacía seis meses y la invitación a la boda de Álvaro Siurana lo pilló por sorpresa, pero habría sido un feo gesto por su parte rehusar asistir.

Diego suspiró con alivio al escuchar los primeros acordes de la marcha nupcial, que indicaban que el mal trago tocaba a su fin. La fiesta posterior ya sería otra cosa. El ágape, los gritos pidiendo «¡Que se besen!», las risas y el baile no se le hacían tan cuesta arriba. Diego Nuño contempló a los novios cuando desfilaron por el pasillo cogidos de la mano. Tuvo que tragar en seco. Hacía ya mucho que había asumido que Paula se había marchado para siempre. Pero le costaba hacerse a la idea de que su vida no era la que había imaginado el día de su boda, cuando

caminaba con ella del brazo sonriendo a los invitados, con la misma felicidad contagiosa que irradiaban los rostros de Álvaro y de Celia en ese momento. En lugar de un matrimonio dichoso, el destino había convertido su existencia en una continua prueba de obstáculos. Y no por la soledad; era muy duro enfrentarse al día a día, viudo a sus treinta y cinco años y padre de dos niñas pequeñas.

Acabó la balada y vino el aplauso. El baile quedaba inaugurado. Los novios se retiraron de la explanada, que fue literalmente invadida en cuanto los músicos la emprendieron con un ritmo latino.

Álvaro entrelazó los dedos con los de Celia y la llevó hacia la mesa de las bebidas, en la que Nicolás pedía a un camarero, justo en ese momento, una botella de cava que este le entregó junto con dos copas.

—Nunca podremos agradecerle todo esto, Nico —dijo Álvaro, agarrando a su amigo en un fraternal abrazo—. Más que un regalo de boda, nos has preparado un auténtico homenaje.

—Nada que vosotros no merezcáis, así que no me des las gracias —concedió satisfecho—. Me conformo con que me traigáis un imán para la nevera de Sicilia.

Celia y Álvaro se miraron sonrientes. La bella isla del Mediterráneo era el lugar escogido para su luna de miel y, aunque se sentían felices de tener alrededor a tantas personas queridas, apenas faltaban unas horas para poder gritar el tan deseado «¡al fin solos!».

—Me voy a ver si encuentro a Max por ahí —decidió Nicolás—. Ya es hora de que brinde con él por lo bien que está saliendo el convite. Y tú, ten cuidado —advirtió a Álvaro, señalándole a Celia con la barbilla—, que los italianos disparan a todo lo que se mueve. A ver si en un descuido te la van a quitar.

Álvaro miró a Celia y sonrió con orgullo.

—No hay peligro —aseguró—. Mi mujer no tiene ojos para otro.

—*Mi mujer* —repitió emocionada—. ¡Ay, qué bien suena eso en boca de *mi marido*!

—Mmm... Qué bien suena esa palabra en boca de mi esposa —murmuró Álvaro, comiéndosela con la mirada.

Nico simuló estremecerse, con cara de disgusto.

—Y qué angustia me está entrando a mí con tanto almíbar pasteloso. Parecéis un par de recién casados.

Álvaro premió la broma con un amistoso golpe en el brazo y Nico se escabulló entre los invitados en busca de Max, antes de que se enfriara la botella de cava que llevaba en la mano. Imaginó a su marido en medio de un corrillo de mujeres, embobadas con su encanto, su cabello rapado a lo presidiario y sus gafas de chico intelectual. O de hombres, quizá. Su irresistible acento francés seducía hasta a las piedras, a pesar de que Max marcaba las distancias en lo tocante al género masculino. Le bastaba con seducir cada día al hombre de su vida. Nico esbozó una sonrisa de orgullo porque ese hombre no era otro que él, y nadie más que él.

Los padres de Celia, acompañados del abuelo Cele, se acercaron a los recién casados. El anciano, una vez más, dio la enhorabuena a Álvaro por la joya de mujer que se llevaba mientras Rosita achuchaba a su hija con unos cuantos besos emocionados y le arreglaba la cola del vestido, a esas horas llena de rodales de tierra y pisotones.

—Ya tenemos a las dos chicas casadas —comentó el abuelo con su hijo—. Y ahora, ¿qué?

—Ahora a esperar a que vengan los nietos.

Susana, la hija menor, se incorporaba al grupo en ese momento. No le pasó desapercibida la significativa mirada de su padre al decir aquello. El comentario era una alusión directa, ya que ella y Javier llevaban casados varios meses pero habían decidido esperar un poco antes de tener niños, para poder viajar a su aire. Excusa que no convencía en absoluto a su progenitor.

—Ya has oído, chaval —avisó el abuelo a Álvaro—. Ponte a la faena que no me quiero morir sin conocer a mis bisnietos.

—Desde luego, abuelo —le riñó Susana—. Hasta en un día como hoy tienes que nombrar a la muerte.

Y al decir aquello, Susana no pudo evitar que se le fueran los ojos hacia un grupito de invitados entre los que se encontraba Rafa, el hijo de los mesoneros. Y con él, su hermano mayor. Susana sabía, como todo el pueblo, que Diego había regresado a Tarabán para retomar su vida tras el triste e inesperado fallecimiento de su mujer, mucho más en pleno s. XXI en que resulta excepcional morir dando a luz. Susana no llegó a conocer a la esposa del hijo mayor de los dueños del mesón, pero lamentaba como todos que una chica tan joven fuese la excepción a la estadística, al

perder la vida a causa de una hemorragia durante el parto de su segunda hija.

Celia hizo señas con la mano a Lola para que se acercara. La guardia más joven del cuartel, preciosa con un vestidito palabra de honor, hablaba muy animada con Rafa. Se la veía risueña y con ganas de pasarlo bien. Susana se alegró por la chica. Por fin parecía que había dejado atrás la morriña que la embargó durante sus primeros meses destinada en la Casa Cuartel de Tarabán.

Cuando Lola llegó junto a ella, Susana tuvo que morderse la lengua aunque se moría de curiosidad, ya que por las miradas hambrientas que había visto lanzarse entre ella y Rafa, intuía que había algo entre ellos o estaba apunto de haberlo.

Juntas caminaron hacia la Casa Grande. Cuando entraron en uno de los saloncitos y Lola comprendió para qué requería Susana su ayuda, se quedó maravillada.

—¡Pero qué bonitas! —exclamó cogiendo un par de zapatillas de cáñamo.

Las había de todas las tallas y colores; la gente de Nico las había dispuesto en cestas de mimbre decoradas con volantes blancos.

—Copié la idea de un *blog* de bodas —comentó Susana, tanto me gustó la el detalle que enseguida lo comenté con Julia, la madre de Álvaro.

Lola estaba segura de que las invitadas, cansadas de los tacones, aplaudirían tan original obsequio de parte de la madrina.

—Ay, no sé con qué color quedarme, son todas preciosas —comentó Lola—. Que no se me olvide guardar un par para Vanesa.

—Apártalas ya, por si acaso —aconsejó Susana.

—Pobrecilla, le habría encantado estar aquí. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

—Y tanto que sí —confirmó encogiendo un hombro.

Ella misma, como enfermera de la comarca, estaba más que acostumbrada a trabajar festivos, nochebuenas, domingos y cuando fuera menester. Vanesa y su compañero Pablo, los dos únicos guardias civiles ausentes, lo habrían pasado de miedo en la boda. Pero así funcionaban los servicios públicos.

—¿Tenía que tocarme precisamente a mí? —despotricaba en ese momento la guardia Vanesa, a dos kilómetros de distancia de la Casa Grande.

Mientras tanto, su compañero encendía un cigarrillo de Marlboro, a la sombra. Habían parado en una curva amplia, ya que por aquellas carreteras no circulaba a esas horas ni un alma. La comarca entera estaba de festejo.

—Te recuerdo que yo también estoy de guardia mientras el resto de los del cuartel se ponen ciegos de mojitos en la boda de la cuñada del brigada —dijo este, guardando el mechero en el bolsillo de la camisa—. Además, ¿qué más te da una fiesta más o menos si apenas conoces a los novios?

Vanesa sacudió la coleta y apoyó la cadera en el Land Rover de patrulla.

—No es por la boda —le explicó, visiblemente enfadada—. Le pedí al brigada Parrondo un par de días de fiesta, pero ya ves. A mi padre no se le ha ocurrido nada mejor que comprar un piso en Cartagena. No sé qué chaladura le ha entrado con recordar su juventud.

La chica estaba que trinaba con sus padres. Eran mayores, y al llegar ella como una sorpresa tardía, no tuvieron más hijos. Su padre, sargento de la Guardia Civil, acababa de jubilarse. Vanesa estaba convencida de que los hombres tan activos, con el retiro, se chiflaban un poco. No le veía otra explicación al hecho de que, sin comerlo ni beberlo, hubiera decidido vender la casa de Alcorcón para adquirir un piso en Cartagena, con la excusa de que en aquella ciudad hizo la mili y fue allí donde conoció a su madre. Como si el recuerdo de su romántica juventud fuera motivo suficiente para que él, su santa madre y el perro, también agente canino jubilado del cuerpo, se mudaran en un visto y no visto a la otra punta de la Península.

—Para colmo, con lo cabezota que es mi padre —continuó Vanesa explicándole a su compañero—, seguro que no querrá ni oír hablar de llamar a un pintor. Mira... Me tiene medio loca, te lo juro. Si al menos estuviera yo allí para ayudarles, me encargaría de impedir que se subiera a una escalera. A mi madre seguro que no le hace ni caso y... —miró a su compañero, que la escuchaba con una paciencia estoica—. ¡Y tú deja de fumar, que es malísimo!

Pablo expulsó el humo por la nariz y se encogió de hombros.

—De algo tengo que morirme.

Ni dicho adrede. En ese momento se escuchó un motor. Un vehículo apareció a la salida de la curva haciendo un quiebro peligroso hacia ellos, por un palmo escaso no arrolló al joven guardia.

—*Mecagüentodo*, si antes lo digo...

De no ser porque dio un salto hacia la cuneta, un todoterreno se lo habría llevado por delante.

El Toyota Land Cruiser se detuvo en la curva siguiente y su conductor apoyó los brazos sobre el volante, con el susto todavía en el cuerpo.

—Joder, la que has estado a punto de armar por esquivar a un conejo —farfulló Rafa desde el asiento del copiloto.

Diego sacudió la cabeza. Sí, su hermano pequeño tenía razón, pero el volante no se le habría desmandado de no haber ido hablando por el móvil cuando el conejo inoportuno decidió cruzar la carretera. Y todo por avisar a su tía de que iban hacia la masía para recoger a las niñas. Miró por el retrovisor y cerró los ojos a la vez que maldecía su suerte, al ver aparcar justo detrás el Land Rover de la Benemérita con el pirulo luminoso encendido. Por el rabillo del ojo observó que la guardia que saltaba del vehículo oficial tenía una mirada de bruja que daba miedo. Las cosas empeoraban por momentos. Bajó la ventanilla y mentalmente improvisó una colección de disculpas.

—Lo lamento, agente...

—Buenas tardes, ¿hace usted el favor de enseñarme su carné de conducir y la documentación del vehículo?

—¿Está bien su compañero? —se interesó Diego mirándola a los ojos.

—Por poco —respondió el aludido, por encima de la cabeza de Vanesa que se inclinaba sobre la ventanilla.

—Lo siento de veras, no comprendo cómo ha ocurrido.

—A lo mejor la culpa la tiene ese móvil que aún lleva usted en la mano —dijo ella, con ácida ironía.

—El teléfono no tiene ninguna culpa, es toda mía —farfulló Diego reconociendo su error.

—Y el conejo que se nos ha cruzado en ese momento, señorita agente —apuntó el otro ocupante del todoterreno—. O coneja, cualquiera sabe.

Para colmo de males, a Rafa, que llevaba un par de copas más de las que aconseja la prudencia, le entró un ataque de risa de lo más impropio. Diego dio un codazo a su hermano menor, sin dejar de mirar a la guardia que entornaba los ojos de una manera nada tranquilizadora. Con lo mona que era aquella rubia, incluso con el pelo recogido en una coleta tirante, lo miraba con una cara de mala uva que le hacía sentirse increíblemente pequeño a pesar de su metro ochenta y cinco de estatura.

—No entiendo de esas cosas —zanjó Vanesa, dejando claro que le importaba muy poco el asunto del sexo del conejo de marras.

—Verá, agente —intervino Diego—, venimos de una boda y ahora mismo me esperan para recoger a mis hijas en Torrevelilla.

—Pues más cuidado la próxima vez —dijo ella, con tono acre a la vez que iba formulando la correspondiente denuncia por conducir hablando por teléfono.

—A sí que no entiende de los animales del campo —insistió Rafa.

Diego fusiló a su hermano con una mirada asesina.

—Pues no —dijo la chica, sacando la libreta de las multas.

—¿Y de la fauna del mar entiende, señorita guardia?

Vanesa miró a Rafa a los ojos, estaba claro que iba algo pasado de alcohol porque si no a qué santo le venía con aquel tratamiento tan florido cuando de ordinario la llamaba por su nombre y de tú. Al conductor apenas le conocía, sabía que era el hijo mayor de Tomás y Manuela, los mesoneros, y de oídas estaba al tanto de las circunstancias de su vida y del porqué de su regreso a Tarabán para ejercer su profesión de veterinario. Pero Rafa y ella, que eran de la misma edad, se tenían más que vistos como para andarse con tonterías.

—Pues sí, de eso si entiendo algo, aunque no lo creas —dijo para seguirle la corriente, y era cierto, ya que había nacido y crecido en Benidorm, ciudad en la que su padre estaba destinado por aquellos años.

—Ya que entiende de mar... ¿esto que diría que es, señorita agente? —preguntó palpándose la bragueta—. ¿Pulpo o calamar?

A Vanesa casi se le salen los ojos de las órbitas. Porque estaba de servicio, que si no le habría arreado un par de guantazos.

—Cierra el pico, gilipollas —masculló su hermano dándole un codazo, mientras Rafa continuaba desafiando a Vanesa con una sonrisilla etílica—. Disculpe al idiota de mi hermano, se lo ruego. Estos chavales es que no saben beber. Venimos de una boda...

—Usted no habrá bebido solo agua, supongo.

Pablo, que le vio las intenciones, cogió por el brazo a su compañera.

—Vanesa... —quiso frenarla; el tipo había cometido un error, pero no era justo que pagara todo el mal humor que su compañera llevaba almacenado.

Ella se zafó del agarre de Pablo con un ágil movimiento, sin hacerle el menor caso.

—Sí, he bebido un par de copas, no voy a negarlo —reconoció Diego, con creciente cabreo al adivinar por dónde iba a salirle la chica de verde—. Pero estoy en perfectas condiciones para conducir.

—Permítame que eso lo decida yo.

Diego tenía claro que era una locura conducir por aquellas carreteras con más alcohol en el cuerpo del permitido, que no se debía hablar por teléfono con una mano y sostener el volante con la otra. Sí, era terrible e imperdonable haber estado a punto de arrollar a un guardia civil en una curva. Pero le enfureció la sonrisa de suficiencia de aquella bruja rubia, propia de quien sabe que tiene la sartén por el mango, y se le agotó la paciencia.